

Javier Iriondo

Donde tus sueños te lleven

Tu pasado no determina tu futuro

Prólogo de Pablo Motos

21^a
edición

zenith

Javier Iriondo

Donde tus sueños te lleven

Tu pasado no determina tu futuro

Prólogo de Pablo Motos

Zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: marzo de 2012

Primera edición en esta presentación: febrero de 2016

© Javier Iriondo Narvaiza, 2012

© Editorial Planeta, S.A., 2016

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-15011-4

Depósito legal: B. 643 - 2016

Fotocomposición: Víctor Igual

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Sumario

Prólogo de Pablo Motos.....	7
Introducción.....	9
1. El accidente.....	15
2. La vuelta a casa.....	27
3. Enfrentarse a los problemas y curar las heridas.....	31
4. El perdón.....	35
Un nuevo comienzo.....	40
5. La decisión.....	43
6. Los miedos y las falsas creencias.....	53
7. Ataca a tus miedos.....	67
Entender la lección.....	74
8. Rompiendo barreras para abrir un nuevo camino.....	77
9. En busca del sentido.....	85
La historia de Pedro.....	99
10. La influencia del entorno.....	105
¿De dónde recibimos la información?.....	117

11. Los hábitos	137
La diferencia entre las intenciones y las acciones	144
12. El porqué, definir lo que realmente quieres.....	147
Empezar por el final.....	148
Encontrar el propósito	153
Ladrones de sueños	156
Los problemas y nuestra reacción ante ellos.....	157
La protección debilita	161
El libro de la superación.....	165
13. Mantenerse en el camino	169
14 El viaje a Katmandú	175
15. El poder de la mente.....	193
La influencia del pensamiento en el cuerpo	206
16. La nueva era de la mente	211
Entrenar la mente	220
¿Qué somos?	231
La transferencia emocional.....	232
El presente no es el futuro	237
Tu patrimonio emocional	240
La perseverancia	242
17. El final – El inicio.....	247
La despedida	259
Agradecimientos.....	263
Bibliografía	265

El accidente

La historia de Joshua cambió drásticamente en el Himalaya. Su hijo Michael era un gran escalador con varios ocho miles a sus espaldas, había escalado en todos los continentes, buscando nuevos desafíos y sueños que cumplir, y necesitaba las montañas como cualquier ser humano necesita el aire para vivir. Constantemente perseguía la descarga de adrenalina que generaba su cuerpo cuando se enfrentaba a los grandes retos de la vida, poniéndose a prueba a sí mismo y observando cómo, una y otra vez, seguía superando sus propios límites.

Michael sabía transmitir ilusión y esperanza a todos aquellos que lo rodeaban. Quienes lo conocían consideraban su amistad como un don; a todos les gustaba estar a su lado porque, cuando estaban con él, realmente se sentían mejor. Era casi una sensación física. Por eso, en cierto sentido, atraía a los demás. Joshua había tenido mucho que ver con eso.

Michael era enormemente apreciado por los *sherpas* que ayudan a todos los alpinistas portando y cargando pesos imposibles para la mayoría de los montañeros. Se convirtió en un héroe para ellos cuando rescató a un *sherpa* llamado Tensing, que había sido abandonado por su expedición al caer en una enorme grieta de hielo en un glaciar. Pero en su fuero interno, Michael creía que solamente había hecho lo que le dictó su corazón en ese momento, lo que creía que debía hacer. Pero todos sabían que había arriesgado su vida para salvar a Tensing.

El reto esta vez era escalar el Lhotse, la cuarta montaña más alta del mundo. Sería el séptimo ocho mil de Michael. En esta ocasión estaba especialmente motivado, porque su mejor amigo, David, formaba parte de la expedición. Ambos habían compartido muchos viajes y montañas por todo el mundo, pero ésta era la primera incursión en el Himalaya para David.

El tercer integrante clave de la expedición era Albert, otro viejo amigo de Michael de su máxima confianza, con el que había coronado otros dos ocho miles.

Joshua decidió acompañar a Michael en este viaje para volver a pasar unas semanas en el monasterio de Rongbuk.

La expedición era muy reducida. A Michael no le gustaban los grandes grupos. Su experiencia le había enseñado que era más difícil mantener bajo control el ego de un gran grupo, pues demasiadas ambiciones juntas podían causar problemas. Siempre procuraba elegir bien a sus compañeros de viaje, personas cercanas en las que podía confiar plenamente, principalmente por su espíritu y valores.

Tras llegar a Katmandú y comprobar que el material enviado estaba en orden, coordinaron todo con la empresa encargada de la logística del viaje y los trámites, y se pusieron en marcha.

El Lhotse comparte campo base con el Everest, al cual se accede en avioneta desde Katmandú vía Lukla, y tras un largo *trekking*, pasando por varios poblados de *sherpas*, entre otros Namche, Dingboche y Lobuche.

Una vez en el campo base siguieron el plan previsto. Tras una semana de preparativos, dispusieron todo lo que debían subir a los campos superiores, pero a Albert se le declaró una leve pero desafortunada fiebre. Seguro que no sería nada, pensaron. El tiempo era perfecto y las previsiones auguraban un buen clima para los próximos días. Así pues, prepararon sus mochilas y a la hora prevista alzaron su mirada hacia la cumbre. Con los nervios tradicionales al iniciar un nuevo gran reto, los tres se pusieron en marcha hacia la gloria.

Dos horas después de iniciar la ascensión, cuando las pulsaciones estaban al máximo y la respiración era más dificultosa, Michael

se dio cuenta de que Albert había comenzado a toser. Su pecho no estaba recuperado del todo como para afrontar un reto de ese calibre.

Si seguía ascendiendo tenía todas las papeletas para encontrarse con un edema pulmonar a las primeras de cambio. El riesgo era máximo, por lo que, desgraciadamente, Albert se vio obligado a regresar al campo base.

Michael y David recuperaron parte del tiempo ascendiendo a buen ritmo. Tal como estaba previsto alcanzaron el campo IV sin más contratiempos.

A las cuatro de la mañana del día siguiente llegó la hora de la verdad. Prepararon todo el equipo y comenzaron el ataque a la cima. Iba a ser una jornada dura pero estable en cuanto al clima, aunque el viento era bastante más fuerte de lo esperado.

La montaña puede ser un remanso de paz, pero en ocasiones los dioses de las nieves castigan sin compasión a quienes osan hollar sus cumbres, mostrando toda la brutal fuerza de la naturaleza.

Poco a poco, el viento fue arreciando, las escasas nubes que surcaban los cielos comenzaron a cerrarse y la niebla apareció sin previo aviso. Lo que había despuntado como un día casi perfecto comenzó a tornarse en un panorama no tan halagüeño. En principio, nada había que temer según las predicciones del tiempo. Sin embargo, la montaña puede cambiar repentinamente las previsiones sin la más mínima advertencia, como si quisiera exigir respeto y humildad a todos los que aspiran a coronar su grandeza.

Michael y David pararon un momento para coger aire e intercambiar opiniones. Era obvio que el tiempo había cambiado, pero no parecía grave. Los dos se sentían fuertes, estaban cerca de la barrera de los 8.000 metros de altitud, por lo que, sin titubear, decidieron proseguir su ascensión, aunque las dudas visitaron sus mentes por primera vez.

No habían pasado aún dos horas tras su decisión de lanzarse a por la cumbre cuando la temperatura comenzó a descender rápidamente, y la sensación térmica era aún mucho peor. Lo que hacía poco era un maravilloso cielo azul, ahora estaba cuajado de negros

nubarrones. La niebla comenzó a envolverlos hasta que no pudieron ver más allá de unos pocos metros. Al mismo tiempo, el viento decidió soplar con más intensidad, creando una ventisca infernal que les azotaba los rostros y las manos como helados latigazos llenos de clavos.

En poco tiempo, la nieve comenzó a acumularse y la visibilidad era ya casi nula; el panorama se tornó extremadamente complicado. En esas condiciones no podían avanzar, por lo que a 8.200 metros decidieron esperar a que aquella tormenta amainase. Montaron la tienda de campaña, que a punto estuvo de volar por el fuerte viento, se pusieron lo más cómodos posible, prepararon una infusión y comieron algo para reponer fuerzas. Ambos hablaron sobre el inesperado y brutal cambio del tiempo. El nerviosismo de David se podía palpar. Michael, con su fuerte personalidad, fue capaz de transmitirle tranquilidad y confianza.

Pasaban las horas, pero el mal tiempo no remitía, sino que empeoraba. Tendrían que pasar la noche a esa gran altura, algo nada recomendable.

Fueron incapaces de dormir. Las fuertes y ululantes ráfagas de viento hacían imposible conciliar el sueño, junto con la tensión de los embates y los silbidos que éste producía. La sensación de que en cualquier momento la tienda saldría volando como una cometa era constante.

Al día siguiente, todo permanecía exactamente igual. La deseada mejoría del tiempo no había llegado. Se comunicaron con el campo base para informarse de las previsiones meteorológicas, y las noticias que recibieron no podían ser peores. La previsión indicaba que la tormenta no cesaría en breve. Tendrían que tomar una decisión.

Sabían perfectamente que en esas condiciones no podían atacar la cima y que la mejor opción era esperar a que el tiempo mejorase, si bien los dos eran conscientes de que no podían permanecer mucho más tiempo a esa altura sin oxígeno. La hipoxia, la falta de oxígeno en los pulmones, comienza a pasar factura; la debilidad aumenta rápidamente, y las congelaciones de manos y pies aparecen sin avisar. Por añadidura, uno de los factores más peligrosos, el

ego, hace que en demasiadas ocasiones no se tomen las decisiones correctas en las situaciones difíciles.

Se encontraban a tan sólo 300 metros de la cima, pero esa distancia, a esas alturas y en esas condiciones, podía convertirse en un infierno interminable. Tras reflexionar, Michael convenció a David para reiniciar la ascensión. Después de recogerlo todo se pusieron en marcha. Michael no era de los que hacían locuras, pero se veía tan cerca que decidió que tenía que intentarlo, aunque David no parecía muy convencido.

Iniciaron la ascensión. En medio de la gran ventisca era muy difícil apreciar la ruta correcta, ya que no habían encontrado cuerdas fijas en esa zona. En muy poco tiempo se dieron cuenta de que no había sido una buena idea. Tras volver a analizar la situación, Michael pensó que la mejor opción era descender: no tenía pinta de que el tiempo fuera a mejorar y cuanto antes comenzaran el descenso más fuerzas tendrían. Recibieron el aviso de que las otras expediciones que habían comenzado la ascensión y que se encontraban bastante más abajo que ellos también habían dado la vuelta y regresado al campo base, por lo que ellos eran los únicos que permanecían a esas alturas. Estaban solos.

David estuvo de acuerdo en regresar e iniciaron el descenso en medio de la ventisca. Michael tenía en su mente la ruta que deberían seguir para descender; la pregunta era si podría distinguirla, ya que la ventisca había borrado todas sus huellas.

Michael y David permanecían atados por una cuerda de unos 50 metros. Estar atado a un compañero es un acto de confianza total: tienes que tener auténtica fe en él y en sus capacidades. Ese compañero, y la cuerda que te une a él, es lo que te puede salvar la vida, pero también es lo que te puede arrastrar a la muerte. Cada uno pone su vida en manos del otro.

Michael, por su experiencia, abría el paso. David lo seguía a cierta distancia. La bajada era muy lenta, tenían que afianzar cada paso. La falta de visibilidad hacía imposible reconocer el terreno, y la tormenta no les daba tregua. Pero estaban decididos a seguir descendiendo. Sin saberlo se metieron en una trampa mortal.

Michael estaba desconcertado, no estaba seguro de seguir la

ruta correcta. De repente oyó un crujido. Más arriba, bajo los pies de David, el terreno cedió. Y una avalancha de nieve y rocas se precipitó hacia ellos.

David logró sujetarse, pero la gran masa de nieve y piedras pilló de lleno a Michael sin opciones de protegerse. El impacto fue brutal y lo arrastró hacia el abismo. Cuando la cuerda llegó a su tope, el fuerte tirón hizo que David perdiera su apoyo y comenzara a ser arrastrado por el peso de Michael.

David luchó con todas sus fuerzas para frenar su caída, aunque el enorme peso y la gran pendiente hacían casi imposible sujetarse. Finalmente logró clavar su piolet y los pies en la nieve, y en ese mismo instante un nuevo tirón, como un gran golpe seco, lo sacudió. Estuvo a punto de perder nuevamente el equilibrio y ser arrastrado otra vez.

Afianzado, David empezó a gritar desesperadamente el nombre de Michael. Los gritos retumbaban en su interior. Una sensación de absoluta soledad y abandono invadió su alma; se sintió rodeado y amenazado por la montaña, impotente, indefenso.

David se dio cuenta en ese instante de que, por la falta de visibilidad, Michael había perdido la orientación y se habían desviado de la ruta, terminando a la derecha de la arista del corredor por el que pretendían bajar. Esa línea de descenso los había llevado directamente a un gigantesco precipicio que terminaba en un enorme glaciar surcado de profundas grietas.

Mientras aguantaba el peso pudo sacar el teléfono y comunicarse con el campo base. Informó de la situación y de dónde creía que estaban. El silencio se hizo sepulcral en la tienda del campo base; todos se miraron unos a otros, y las caras no presagiaban nada bueno.

Desde el campo base le confirmaron que enviarían un equipo de rescate lo antes posible. El tiempo dificultaba lanzarlo en ese instante, si bien pondrían todos los medios disponibles a su alcance. El temporal hacía inviable el rescate por helicóptero: tendría que ser por tierra, al menos hasta que no mejorara el tiempo. Las previsiones indicaban que el temporal perdería intensidad en las próximas horas, aunque entonces podría ser ya tarde. Mientras, la noticia co-

rrió como la pólvora entre todas las expediciones que se encontraban en el campo base.

David seguía sufriendo y aguantando todo el peso de Michael, que, con todo el equipo, debía de estar cercano a los 100 kilos. La nieve seguía cediendo poco a poco bajo sus pies, y no había manera de buscar un punto de enganche para asegurarse.

A cada rato gritaba el nombre de Michael con toda el alma, pero la única respuesta era el incesante ulular del viento. Al permanecer inmóvil, el intenso frío se fue apoderando de él. Perdía gradualmente la sensibilidad en las manos y notaba que cada vez le costaba más sujetar la cuerda. David había perdido la noción del tiempo, pero ya llevaba más de dos infernales horas soportando ese enorme peso que lo empujaba hacia el abismo, y la hipotermia estaba al acecho.

La pared casi vertical y la fuerza del peso le seguían arrastrando poco a poco. Seguía sin lograr un buen anclaje, y cada vez que volvía a posicionar sus pies para buscar un apoyo más firme, la nieve cedía bajo sus crampones. Calculaba que ya le había arrastrado alrededor de 20 metros, hasta que llegó a un punto en el que ya no veía nada enfrente más que un enorme vacío que comenzaba a asomarse delante de él: el acantilado del que colgaba Michael.

David comenzó a gritar nuevamente el nombre de Michael. Más que su nombre, profería un grito desgarrador de desesperación, pero la única respuesta que obtenía eran los silbidos del viento. Al no oírle pensó que algo muy grave le había sucedido. Las dudas de lo que le podía haber ocurrido a Michael comenzaron a desaparecer. David empezaba a convencerse de que Michael había fallecido en la caída.

Se encontraba ante la peor situación a la que un escalador se puede enfrentar. La circunstancia más atroz: la vida de su mejor amigo pendía de sus manos. O por lo menos eso creía. No sabía si aún estaba vivo o muerto, pero si no tomaba una decisión, los dos serían arrastrados al abismo.

Por su cabeza comenzaron a pasar velozmente todo tipo de pensamientos, su corazón parecía querer huir de su pecho, y respiraba entrecortadamente porque le faltaba el aire. Acabó por ser

consciente de que sólo había dos opciones: cortar la cuerda, o abandonarse y caer al precipicio. Seguía preguntándose si Michael estaba vivo o muerto. Quería creer que había perdido la vida, porque de esa manera, si finalmente cortaba la cuerda, no se sentiría como el causante de su muerte. Pero las dolorosas contradicciones y las venenosas dudas seguían apuñalándole.

A duras penas pudo abrir un pequeño bolsillo lateral en el cinturón de la mochila en donde guardaba una afilada navaja. La abrió y la agarró con la mano derecha, mientras con la izquierda seguía sujetando la cuerda, que tiraba de todo su cuerpo. Una mano que- ría sostener la esperanza y en la otra estaba la supervivencia.

Las lágrimas de impotencia y desesperación comenzaron a brotar de sus ojos, helándose en sus mejillas. Se preguntaba si podría vivir consigo mismo si cortaba esa cuerda. La confusión interna, las contradicciones, el drama y la angustia lo asaltaban sin tregua, pero una vez más la nieve cedió bajo sus pies, lo cual lo devolvió a su incierta y peligrosa situación. Ya no tenía fuerzas para aguantar más; quedaba muy poco tiempo para que también él fuera arrastrado al abismo.

En ese instante tomó la decisión más dura de su vida, una decisión que ningún ser humano tendría que tomar jamás, la decisión más cruel, una decisión a la que nadie debería enfrentarse. Era como cortar el cordón umbilical que los unía, pero en este caso para sesgar una vida, la de su mejor amigo. Una decisión que viviría con él para el resto de sus días. Un aterrador bramido de dolor recorrió toda la montaña, gritó el nombre de Michael por última vez. En ese momento, mientras el sonido de la desesperación aún surcaba los cielos, David cortó la cuerda.

De repente se hizo el silencio; el tiempo se detuvo. Instantáneamente, los remordimientos más hirientes y dolorosos comenzaron a asaltarle. Su cuerpo quedó liberado de la enorme tensión del peso; sin embargo, la tensión interior crecía sin medida en su alma. Desolado, entre sollozos, se compadeció de sí mismo. Lanzó la navaja lo más lejos posible con todas sus fuerzas, queriendo alejar el sentimiento de culpa y sus remordimientos con ella. No lograba sacarse de dentro la sensación de haber cortado su propio corazón.

David permaneció inmóvil durante horas exactamente en el mismo lugar. Luego, hizo una pequeña cueva en la nieve para protegerse del viento y se acurrucó dentro de ella en posición fetal. Brutalmente desgarrado en su interior, inmóvil, no fue capaz de dejar de llorar, no tenía fuerzas para nada, su mente no dejaba de torturarlo dándole vueltas a si debía haber cortado la cuerda o no, a si Michael había muerto con la avalancha de nieve y rocas o si él había sido el causante de su muerte.

En ese momento no sabía si saldría vivo de allí, ni tampoco le importaba. Se preguntaba cómo explicaría lo ocurrido, cómo lo mirarían los demás al conocer el suceso. Fueron pasando las horas, y David seguía inmóvil, helándose. Su dolor era tan intenso que apenas era consciente del frío y de su dramática situación.

* * *

Mientras, Dennis y Horia, dos expertos montañeros de otra expedición que conocían a Michael y estaban en el campo base tras haber abandonado temporalmente la ascensión el día anterior, se prestaron como voluntarios para el rescate al conocer lo ocurrido.

Desde el campo base intentaron comunicarse con David, pero éste no respondía. A pesar de ello, el equipo de rescate se puso en camino a las cuatro de la mañana. Los dos alpinistas voluntarios ascendían a un ritmo increíble aun en mitad de la noche. Parecía que el tiempo comenzaba a dar un respiro. Según las estimaciones que habían hecho en el campo base, David se encontraba a unos 8.100 metros de altura, por lo que calculaban que, si todo iba bien, en unas ocho horas lograrían alcanzar el punto donde creían que David se encontraba.

Los dos escaladores avanzaron a un ritmo fuera de lo normal. Llegó el amanecer y, según avanzaba la mañana, el tiempo seguía mejorando. El viento amainó. Al parecer, los dioses de las nieves habían decidido darles un respiro.

Hacia las doce de la mañana, exhaustos, se aproximaron al punto desde donde creían que David se había comunicado con el campo base por última vez. Según se acercaban, buscaban rastros

de David y Michael. Comenzaron a gritar, pero no obtuvieron respuesta. En ese momento vieron los restos de una avalancha. Uno de ellos pudo percibir la marca semiborrada que había dejado David al arrastrarse por la nieve: ese rastro terminaba en un pequeño agujero a pocos metros del enorme acantilado.

Siguieron gritando los nombres de Michael y David, pero sólo el eco les respondía. Ambos comenzaron a perder la esperanza. Dennis se acercó hasta el pequeño agujero que se percibía en la ladera. Al llegar pudo ver a David acurrucado, totalmente inmóvil. Gritó con todas sus fuerzas a Horia para que se acercara.

David se había tapado de la mejor manera que pudo, pero el intenso frío y su pasividad le habían pasado factura. La hipotermia era evidente, aunque no sabían aún en qué grado, ni cuál era el estado de sus extremidades. Ambos comenzaron a frotarlo fuertemente, para activarle el riego sanguíneo y que comenzase a entrar en calor. Dennis le quitó a David el gorro y los guantes, totalmente helados, para ponerle los suyos, mientras Horia preparaba una infusión para David.

Hicieron el agujero un poco más grande para asegurarse y colocarlo todo. Mientras ordenaba las cosas de David, Horia comenzó a recoger su cuerda, y en ese instante fue consciente de lo que había sucedido. Mostró a Dennis la cuerda cortada. Ambos entendieron la situación al instante, la terrible realidad a la que David se había enfrentado.

David comenzó a reaccionar, pero no sabían qué parte de su *shock* era físico y qué parte era mental, porque aún no había articulado una sola palabra. Ni siquiera era capaz de mirarles a los ojos. Conscientes de la situación, los dos voluntarios comenzaron a exhortarle con palabras de comprensión y de ánimo:

—¡David, has hecho todo lo que has podido! ¡Te quedaste a pocos metros del acantilado y estuviste a punto de caer también por resistir! ¡No había otra opción! ¡Has hecho lo que tenías que hacer! ¡No había otra opción! ¡Todos hubiéramos hecho lo mismo! No te preocupes. Y ahora vamos a salir de aquí.

David negaba con la cabeza y lloraba como un niño, el dolor que transmitía era indescriptible. A regañadientes, tomó la infusión.

Lentamente comenzó a reaccionar, mientras seguían masajeándole y haciéndole mover las piernas y los brazos. La zona en la que se encontraban era muy peligrosa, además de ser un punto habitualmente barrido por avalanchas, por lo que no podían permanecer allí mucho más tiempo. Dennis y Horia se miraron, asintieron con la cabeza y, sin dejar opción a la duda, dijeron: «¡Vamos!».

Cuidadosamente lo levantaron, lo aseguraron con una nueva cuerda y comenzaron el descenso. Tras horas de sacrificio y un enorme esfuerzo por parte de ambos alpinistas voluntarios, alcanzaron el campo base. El espíritu, el coraje y la voluntad de ambos obraron el milagro: habían rescatado a David de una muerte segura.

El cuerpo de Michael era irrecuperable: permanecería descansando eternamente en sus amadas montañas.

Albert llamó a Joshua, que se encontraba ajeno a todo en Rongbuk. En cuanto lo informaron de que tenía un mensaje del campo base, presintió que algo iba muy mal. La peor de las posibles noticias se confirmó. Perder a un hijo es algo que nadie tendría que sufrir. La naturaleza nos dice que un padre debe irse antes que un hijo, pero el destino a veces dicta otra sentencia.

Joshua inclinó la cabeza y clavó su mirada en el suelo. Muchos de los momentos más importantes de la vida de Michael pasaron frente a él. Instantes después alzó la vista y miró al cielo; las lágrimas se podían percibir en su rostro. Estaba dando gracias por la intensa y maravillosa vida que su hijo había podido vivir.

Encendió varias velas y, en una mezcla de meditación y oración, siguió visualizando su vida con Michael. Su hijo había sido verdaderamente alguien muy especial, había aprendido mucho y seguía creciendo interiormente cada día de su vida. Joshua aún tenía planes para él y algunos secretos que enseñarle. Guardaba un libro muy especial para Michael que contenía el conocimiento y la sabiduría que había adquirido en toda su inusual y extraordinaria vida.

Apenas le habían dado detalles sobre la tragedia. Joshua decidió viajar hasta Lukla. Una vez allí, Albert le describió todo lo sucedido en el trágico accidente para que estuviese preparado antes de ver a David. Joshua comprendió al instante lo que David estaba padeciendo.

Transcurrieron dos días sin que David apenas articulara palabra, hasta que finalmente se encontró con Joshua. La cara de David era el fiel reflejo de sus tormentos; físicamente estaba allí, pero su espíritu estaba ausente. Joshua se acercó a él con una mirada de compasión y, sin mediar palabra, se fundió en un fuerte y largo abrazo con el joven.

David se derrumbó en sus brazos, llorando con tal intensidad que, cada vez que intentaba decir algo, las palabras se ahogaban en su garganta y era incapaz de detener su inmenso dolor. Joshua seguía abrazándolo fuertemente, susurrándole al oído, calmándolo, confortándolo:

—Ya está, ya está, no tienes que preocuparte por nada, cálmate.

Joshua sabía que David tenía que liberar toda la presión que llevaba dentro. Se fueron a solas a tomar una infusión para que pudiera tranquilizarse y hablar con él. Finalmente logró calmarse. Fue entonces cuando Joshua le pidió que le contara lo sucedido, algo que David no quería ni recordar. Sin embargo, Joshua sabía que si David contaba toda la historia, él se escucharía a sí mismo y se daría cuenta de que no había tenido otra opción, que, por dura que hubiese sido aquella tragedia, había hecho lo correcto.

Revivir el accidente fue desgarrador para ambos. Sin embargo, al hacerlo David comenzó a ser más consciente de toda la situación y cambió su visión gracias a Joshua, que le mostró que él no había sido el causante de nada, sino la impotente víctima de aquella desgraciada fatalidad.

Joshua siguió haciendo un gran trabajo psicológico con David durante varias horas, le hizo ver que no había tenido ninguna otra alternativa, que había hecho lo que tenía que hacer, que cualquiera hubiese hecho lo mismo y que, de lo contrario, habría cometido un suicidio sin sentido.

David se sintió mejor y más aliviado. Aunque Joshua logró liberar mucha de la tensión y culpa que David sentía, sabía que necesitaría mucho tiempo y comprensión para superar aquel terrible drama y volver a su vida con normalidad.